



EL INSTITUCIONALISMO EN LA TEORÍA POLÍTICA DE NICOLÁS MAQUIAVELO

MAGDALENA SÁNCHEZ CANEDO¹

Fecha de recepción: 27/08/2021
Fecha de aceptación: 18/10/2021

Resumen: Este artículo analiza el uso de conceptos del enfoque institucionalista, en particular del nuevo institucionalismo histórico, en los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* de Maquiavelo y argumenta que el autor fue precursor de la ciencia política desde una perspectiva institucional. En este sentido, se destaca su distinción analítica entre lo individual y lo colectivo, la importancia de la historia en términos de la secuenciación de los acontecimientos y sus efectos inerciales, la noción de la categoría de institución asociada a los “modos” y “órdenes” y su incidencia en la distribución del poder y en el accionar de los sujetos. Para lograr tales aproximaciones se abordan los argumentos que Maquiavelo desarrolla en relación a la república de Roma.

Abstract: *This article analyzes the use of concepts from the institutional approach, in particular the historical institutional approach, in Machiavelli's Discourses on the first decade of Titus Livius and argues that the author was a precursor of political science from an institutional perspective. In this sense, his analytical distinction between the individual and the collective, the importance of history in terms of the sequencing of events and its inertial effects, the notion of the category of institution associated to the “modes” and “orders” and its incidence in power distribution and in subjects' actions is highlighted. In order to achieve such approach the article explores the arguments that Machiavelli develops regarding the republic of Rome.*

Palabras clave: Maquiavelo, institucionalismo, modos, órdenes, historia.

Keywords: *Machiavelli, institutionalism, modes, orders, history.*

1. INTRODUCCIÓN. No resulta nada ajeno a quienes hemos abordado directa o adyacentemente algunas de las obras de Nicolás Maquiavelo la asociación corriente de su nombre con cierta oscuridad, mentira, manipulación y la idea (suelta, sin raíz, sin contexto) de que cualquier fin justifica cualquier medio; pues es esta última forma en la que habitualmente se inscribe inconscientemente la idea y que refuerza la negatividad ligada al que es considerado el primer cientista político.

¹ Licenciada en Ciencia Política por la Universidad Abierta Interamericana. Doctoranda en Ciencia Política en la Universidad del Salvador. Buenos Aires, Argentina.

Autores como Quentin Skinner o Claude Lefort que han estudiado seriamente al florentino dan sólidos argumentos acerca de qué se esconde detrás de la siniestra reputación adjudicada a Maquiavelo ya desde su propia contemporaneidad. Estos coinciden en que las ideas de Maquiavelo eran, cuando menos, novedosas para su época. Y lo nuevo trae consigo las posibilidades de cambio, exhibe las máculas del presente, se presenta como nuevas contingencias y ante ello, naturalmente, levanta sospechas y acarrea la aparición de sus propios detractores.

La novedad de los postulados maquiavelianos, en su tiempo, no sólo involucraba los contenidos de sus obras —y sus múltiples interpretaciones— propiamente dichos, sino que además operaba en otro plano, aquel que conducía a pensar de otro modo, de un modo despojado de las prescripciones morales que venían ligadas no sólo a la corriente filosófica clásica que lo precedía sino también al cristianismo y al humanismo cívico propios de su época a los que Maquiavelo rechazaba como herramientas para acercarse al análisis de la realidad (Lefort, 2007; Strauss, 1970).

Este escrito tiene por objeto indagar sobre algunas presunciones centrales de la obra de Maquiavelo —en particular de los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* (2003)— así como también de los métodos que empleaba para estudiar la realidad política, a fin de someterlos a un desmenuzamiento analítico y reinterpretarlos en clave de la teoría institucional contemporánea para finalmente redescubrir y re significar el talante científico del florentino como fundador no de la ciencia política en sí, sino de la ciencia política en su versión institucional. El análisis se enmarca en un enfoque más politológico que filosófico, aun sabiendo lo difusas que a veces pueden ser esas fronteras.

Algunas de las principales conclusiones a las que arriba Claude Lefort mediante el estudio de los *Discursos* de Maquiavelo constituirán el punto de partida de este trabajo ya que aparecen como reveladoras de muchos de los pensamientos y argumentos que subyacen y sostienen la obra del florentino si se la considera a ésta de manera total, es decir, como un corpus con bases y fundamentos más o menos compartidos. La distinción y comparación de los *Discursos* y de *El Príncipe*, sus principales obras, ha generado perplejidades para quienes se han esforzado en intentar dilucidar cuál era la verdadera forma de pensar de Maquiavelo, a quiénes efectivamente dirigía sus escritos, cuáles eran sus intenciones evidentes y cuáles eran subyacentes. Leo Strauss ha sido pionero en su libro *Meditación sobre Maquiavelo* (1964) en un análisis e interpretación integrados de la obra maquiaveliana, con una admirable técnica exegética a la que el propio Lefort ha respondido en muchas de sus obras. Del mismo modo, Quentin Skinner ha desarrollado un robusto trabajo sobre Maquiavelo y, en ocasiones, también respondiendo a Leo Strauss, pero en definitiva ha efectuado grandes y perdurables aportes en la interpretación de la obra maquiaveliana como un todo.

¿Por qué exaltar y redimir el carácter de unicidad de la obra de Maquiavelo? Porque para deshilvanar el pensamiento del padre de la ciencia política moderna es preciso asirse de su obra de la manera más acabada posible, lo cual, en última instancia tampoco es garantía total de éxito pues de un lado, el florentino no fue un escritor sistemático, y de otro lado, muchos son los objetos de estudio a considerar en tamaño empresa: su pensamiento en sí, su pensamiento subsumido en los mensajes que quiso transmitir tanto a quienes dirigió sus obras expresamente como a quienes supo podrían leerlas aún sin ser los destinatarios, la concatenación de ideas hacia adentro de y entre sus obras, su contexto personal y político, su propio bagaje histórico, su método de aproximarse al estudio de los asuntos políticos, en fin, una multiplicidad

de dimensiones yuxtapuestas que al tiempo que complejizan el análisis lo impregnan de un tinte desafiante.

Lejos de intentar aquí abordar un estudio de tal magna naturaleza, la propuesta es redescubrir el talante científico de Nicolás de Maquiavelo. Científico en un doble sentido: por un lado se sostiene que Maquiavelo fue el precursor de la teoría política moderna: “Maquiavelo quiere ser el fundador de una ciencia segura que procure la inteligibilidad de la sociedad y de las cosas del mundo” (Lefort, 2007, p. 252), pero, y como corolario de esta primera premisa, fue también el primero en poner en práctica muchos de los conceptos e instrumentos analíticos que son parte de teorías de alcance medio que constituyen el enfoque que hoy se conoce como neoinstitucionalismo histórico, y en este sentido también lo consideramos un fundador.

2. *LA DESUNIONE* COMO PUNTO DE PARTIDA. El hilo del argumento parte de las nociones que Lefort logra interpretar y observar de los *Discursos* y que se asientan sobre la consideración de la división social y el conflicto como fuentes de un ordenamiento político en el cual se asegura la libertad política (2007). Uno de los pasajes de los *Discursos* que condensa esta idea señala:

Yo digo que quienes condenan los tumultos entre los Nobles y la Plebe atacan aquellas cosas que fueron la primera causa de la libertad de Roma y consideran más los ruidos y los bandos que de dichos tumultos nacían, y no los buenos efectos que ellas producían; y tampoco consideran que en toda república hay dos humores distintos, el del pueblo y el de los poderosos, y que todas las leyes a favor de la libertad nacen de su desunión, tal como se puede ver fácilmente que sucedía en Roma (Maquiavelo, 2003, pp. 63-64).

Los “humores” a que Maquiavelo refiere son en efecto deseos, el deseo de oprimir de parte de los poderosos o Grandes, y el deseo del pueblo de no ser oprimido, deseos “que sólo se definen el uno por el otro” (Lefort, 2007, p. 264). Una idea subyacente a esta tesis y que exhibe algunas tensiones entre los argumentos de Lefort y los de Leo Strauss, radica en cómo fundamentar el origen de estos deseos. ¿Son propios de la naturaleza humana o se trata acaso de deseos que surgen en el seno de una sociedad? Aun siendo inherentes a la naturaleza humana ¿pueden su origen efectivamente deducirse en ese registro o sólo pueden leerse en clave de la fisiología de un tejido social?

Para Strauss la concepción antropológica de Maquiavelo es la de un hombre naturalmente egoísta. Su argumentación apunta a demostrar cómo Maquiavelo a partir del príncipe nuevo puede fundar una sociedad y conservarla. “Del mismo modo que el hombre no tiende naturalmente hacia la virtud, tampoco tiende naturalmente hacia la sociedad. El hombre es por naturaleza radicalmente egoísta” (Strauss, 1970, pp. 55-56). Esta aseveración lo lleva a proyectar un esquema deductivo mediante el cual contraponen a un hombre que lo que quiere lo busca para sí con una sociedad que quiere el bien común, de modo que la única manera de conciliar estas dos tendencias contrarias la descubre en otro atributo ínsito del hombre, su alta maleabilidad, que permite que el hombre pueda ser sometido a la coacción. “El hombre es malo; para hacerle bueno es necesario utilizar la coacción” (Strauss, 1970, p. 56) y la coacción, agrega Strauss, necesariamente tiene que ser obra de la maldad por lo cual necesitará de alguna pasión que opere en esa misma dirección. La pasión que identifica para tal fin es la gloria,² cuya expresión suprema se condensa en el deseo de ser un príncipe

² En vistas de una hermenéutica integral y exegética de la obra Maquiaveliana, sería pernicioso aislar del análisis las raíces profundas que llevan a Maquiavelo a enaltecer “el honor y la gloria” principalmente en *El Príncipe* –sus menciones en *Discursos* son menos concretas-. Su obra vista como

nuevo. La gloria constituye así, para el Maquiavelo de Leo Strauss, el eslabón entre la maldad y la bondad, que permite constituir una ciudad de cero y conservarla (Strauss, 1970).

Esta construcción que hace Strauss –que curiosamente no está incluida expresamente en *Meditación sobre Maquiavelo* sino en *¿Qué es la filosofía política?*– no sólo admite una idea concreta de lo que para Maquiavelo es la naturaleza humana sino que también provee un fundamento del origen de la ciudad que es también producto de esta naturaleza. Sin embargo, tal construcción deja afuera el plano de lo político, porque al fundamentar el origen de la ciudad únicamente desde la dimensión individual se escinde al hombre de su lugar dentro de la sociedad e impide un acercamiento interpretativo al análisis de las interacciones y clivajes sociales que encarnan el conflicto como fuente de la cohesión, tal como lo interpreta Lefort.

Volviendo sobre la cuestión de la naturaleza humana, Lefort sostiene que a los efectos de considerar la ciudad no importa tanto la naturaleza del hombre como sí la de aquella (Lefort, 2007, p. 62). Sin embargo, no puede omitirse que la concepción antropológica de Maquiavelo se encuadra en la de un hombre gobernado por pasiones individuales “[...] los hombres nunca actúan bien sino por necesidad [...]” (Maquiavelo, 2003, p. 62); pero para entender el origen de la ciudad en tanto que ordenamiento político, la clave no está en lo individual sino en lo colectivo y más precisamente, en la acción colectiva. Esta perspectiva posibilita eludir los elementos fundamentalmente ontológicos que atañen a las pasiones y que movilizan las acciones individuales para centrarse en los fenómenos de acción colectiva que sí son susceptibles de vincular estrechamente al origen de la ciudad y a sus fundamentos socio-políticos. La “necesidad” adjudicada a cada hombre por Maquiavelo como motor de la acción pasa a ser absorbida por lo colectivo en pos del ordenamiento de la ciudad y determinada por los deseos de oprimir y de no ser oprimido. La astucia del florentino para realizar esta operación queda manifiesta cuando expresa, refiriéndose a las ciudades y a las circunstancias que pueden conducir las a hacerlas perfectas, que

[...] es bien cierto que nunca se ordenarán sin peligro, porque la mayoría de los hombres no se inclina nunca a una ley nueva que se refiere a un nuevo orden en la ciudad, si no se le demuestra que, por necesidad, debe hacerlo y, como esta necesidad no puede llegar sin peligro, es fácil que esa república se arruine antes de que sea conducida a un orden perfecto (Maquiavelo, 2003, p. 56).

Este “peligro” es, en rigor, el resultado de enfrentamientos que anclados en la tensión entre los deseos de quienes mandan y del pueblo que no quiere ser mandado, arrojarán resultados distintos de acuerdo a las diferentes circunstancias. Las circunstancias como hechos fácticos, la importancia en términos histórico-analíticos que Maquiavelo les atribuye y que condensa como la “fortuna” (se volverá sobre estos conceptos más adelante) tendrán gran peso en el tipo de ordenamiento que se desarrolle. Podrá entonces constituirse una república modelo como lo era la romana para Maquiavelo en sus *Discursos* o asumirá alguna otra forma diferente.

Hay una apreciación adicional sobre la *desunione* social que se presume implícita pero amerita al menos una mención. Dado que los deseos de dominar y de no ser dominado se expresan uno en la nobleza y el otro en el pueblo, respectivamente, el tipo de humor o apetito que encarna cada hombre dependerá entonces de su lugar o posición dentro del entramado socio-político. Ello se puede asociar rápidamente a una

conjunto tiene características poliédricas, tanto en un sentido etimológico como en un sentido geométrico-matemático: tiene diferentes caras que forman parte del todo. Quentin Skinner en *Machiavelli: a very short introduction* (2000) realiza un exquisito análisis sobre los honores y gloria como bienes de la Fortuna.

motivación de clase, como señala Coby, quien sostiene que son las desigualdades en términos de riqueza y poder las que inciden sobre estos apetitos (1999), lo cual es cierto parcialmente. Pero esta idea se complementa con otras dimensiones del hombre. Tal como sugiere Lefort,

[...] Lo que debemos examinar es el conjunto de creencias que subyacen a las relaciones del hombre con la ley y la autoridad; con el pasado y el futuro, con cosas del mundo y de la muerte, distinguiendo, para él, lo que está permitido y lo que está prohibido, lo posible y lo imposible, el bien y el mal (2012, p. 436).³

Gravita en todas estas creencias la cuestión de la religión que Lefort asocia al lugar que ocupa un hombre dentro del entramado social para la configuración de sus deseos.

Adicional y complementariamente, el hecho de que Maquiavelo catalogue estos deseos como “humores” sugiere que se encuentran en el plano de lo irracional lo que a su vez implica que no pueden existir instancias o mecanismos racionales o de diálogo mediante los cuales canalizar el choque de humores. Por ello el conflicto aparece como inherente a estos deseos.

Pero la originalidad de Maquiavelo, su gran ruptura con la tradición aristotélica radica en la definición de estos deseos. No se trata de una competencia por el poder como sucedía entre los pobres que aspiraban a la igualdad en la democracia y los dueños de la riqueza que aspiraban a la superioridad en la oligarquía de la *politeia* de Aristóteles (2007, pp. 169 y 188). Aquí el deseo de poder, el deseo de dominación sólo aparece entre los nobles; en el pueblo, en cambio, el deseo es “solamente” el de no querer ser dominado. Harvey Mansfield hace este señalamiento afirmando que el deseo popular de no querer ser dominado prepara el camino para que la democracia y el republicanismo de Maquiavelo se vuelvan liberales (1996, p. 25). En palabras de Maquiavelo, “y sin duda, si observamos los propósitos de los nobles y de los que no son nobles, se verá en los primeros un gran deseo de dominio, y en los otros solamente deseo de no ser dominados, y en consecuencia, una mayor voluntad de vivir libres, pudiendo abusar de dicha libertad menos que los poderosos” (2003, p. 66).

Y de ello se desprende una conjetura adicional. El pueblo que no quiere ser dominado, buscará encontrar seguridad y libertad —tal como observamos en la cita precedente—.

3. CÓMO LA *DESUNIONE* CONSTITUTIVA PUEDE (O NO) DAR LUGAR A UNA REPÚBLICA Y CUÁLES FUERON LOS MODOS Y ÓRDENES DE LA REPÚBLICA “PERFECTA”. Habiendo establecido que en todo estado político emergen los deseos de dominar y de no ser dominado, deviene a continuación examinar cómo es que a partir de dicha condición se puede (o no) constituir una república como la romana, es decir, la república perfecta para Maquiavelo. La clave se encuentra en el que se erige como el objetivo principal de Maquiavelo en sus *Discursos*, que es el de revelar los modos y órdenes de la república romana. Al respecto, dice el florentino en el Proemio del Libro Primero,

Aunque por la naturaleza envidiosa de los hombres encontrar nuevos modos y órdenes haya sido siempre tan peligroso como la búsqueda de aguas y tierras desconocidas... he decidido tomar un camino que, por no haber sido recorrido todavía por nadie, si me puede provocar fastidios y dificultades, también puede darme el premio

³ *What we need to examine is rather that set of beliefs that underlie man’s relations with law and authority; with the past and the future, with things of the world and death, separating, for him, what is permitted and what forbidden, the possible and the impossible, good and evil.*

de quienes consideren humanamente la finalidad de estos mis trabajos] (Machiavelli, 1971, p. 3).⁴

Maquiavelo parte de admitir que la empresa que se propone, la finalidad de sus trabajos, es la de encontrar nuevos modos y órdenes, asumiendo las consecuencias negativas y positivas que ello pueda acarrear, pero resaltando el carácter novedoso que implica caminar en esa dirección. Este propósito de alguna manera retoma la conjetura de Lefort sobre la que se discurriera antes: “la cuestión que plantea Maquiavelo no se refiere a la naturaleza humana, sino a la ciudad” (2007, p. 262). En efecto, también se conjuga con la ruptura que hace Maquiavelo con la tradición clásica y, mediante ella, con la lente de la filosofía para leer la realidad. En este sentido, la filosofía y la política operan en registros tan diferentes que la primera, al referirse a los asuntos de la política recae necesariamente en el hombre, debe explicar qué tipo de concepción antropológica está guiando sus fundamentos, mientras que la política –la ciencia política de Maquiavelo– se aboca directamente a la buena ciudad. Esto tiene dos consecuencias silogísticas en el pensamiento de Maquiavelo: primero, todo acercamiento de la –ciencia– política al hombre no se hará con talante axiológico sino fáctico, para dilucidar cuáles y cómo fueron los modos y órdenes de aquella ciudad perfecta. Segundo, y tal como se expusiera con anterioridad, el hombre como unidad de análisis individual queda por fuera del argumento; el florentino estudia al hombre en tanto que es parte de un colectivo, y la razón por la que lo hace es porque para él los ordenamientos políticos propios de la ciudad influyen en la distribución de poder entre los sujetos que la integran y, consecuentemente, también afectan el comportamiento de éstos, por lo que si los hombres son vistos de manera aislada o individual la incidencia de estos factores no puede observarse. Se ahondará en esto a continuación al abordar los “modos” y “órdenes”, pero importa aquí señalar que para Maquiavelo los deseos y pasiones de los seres humanos sólo pueden ser aprehendidos estando mediados por el orden socio-político del que forman parte debido a que dicho orden influye en su conducta. Ello queda en evidencia en razón de que los deseos de dominación y de no ser dominados de nobleza y pueblo emergen necesariamente dentro de un orden socio-político.

Esta premisa es consistente con uno de los pilares del acervo teórico neoinstitucionalista que establece una distinción entre las preferencias o intereses –humores, pasiones– individuales expresados y los verdaderos intereses de un determinado individuo: bajo diferentes circunstancias y contextos, la conducta no necesariamente expresa los intereses reales (Immergut, 1998, pp. 6-7).

Ahora bien, ¿qué entendía Maquiavelo por “modos y órdenes”? Si bien existen variantes en los usos que da Maquiavelo a estas dos categorías tanto en *Discursos* como en *El Príncipe*, en general, con “órdenes” se refiere a las instituciones y algunas veces a las leyes, y con “modos” alude a las maneras de crear, moldear, modificar o sustituir

⁴ *Ancora che, per la invidia natura degli uomini, sia sempre suto non altrimenti pericoloso trovare modi ed ordini nuovi, che si fusse cercare acque e terre incognite ... ho deliberato entrare per una via, la quale, non essendo suta ancora da alcuno trita, se la mi arrechierà fastidio e difficoltà, mi potrebbe anocra arrecare premio, mediante quelli che umanamente di queste mie fatiche il fine considerassino.* Se recurrió a la fuente en su idioma original dado que en las traducciones al español con las que contamos los vocablos “modi” y “ordini” están traducidos como “métodos” y “recursos” en el caso de la edición de Alianza y como “métodos y ordenamientos” en la edición de Losada. Los términos precisos son los de “modos” y “órdenes”. Para ello se ha indagado en la obra de Harvey Mansfield quien en su libro *Machiavelli's new modes and orders: a study of the Discourses on Livy* (2001) efectúa un minucioso análisis del uso de estas palabras en la obra maquiaveliana. Asimismo este autor ha realizado una traducción propia de los *Discursos* al idioma inglés, en la cual las palabras de la cita aparecen como “modes” y “orders”.

dichos órdenes.⁵ Pero en el caso particular de los “modos” el vocablo que más se encuadra en el uso que Maquiavelo hace de ellos, incluso utilizándolos de manera conmutativa, es el de “costumbre”, que cuando se asocia a los “órdenes” aparecen como las costumbres o hábitos que surgen de o que constituyen las prácticas predominantes bajo un determinado orden o institución. Así, Maquiavelo comienza “queriendo entonces discurrir sobre cuáles fueron los ordenamientos de la ciudad de Roma y qué circunstancias la llevaron a su perfección” (2003, p. 57). Para ello, además de descubrir sus modos y órdenes atiende a las circunstancias. En este sentido, el florentino establece como primer requisito de las ciudades en el camino de alcanzar la grandeza que su origen no puede estar sometido al de otras ciudades, por lo que deja fuera del análisis aquellas ciudades que hayan estado sometidas a la servidumbre exterior (Maquiavelo, 2003, p. 57). A continuación efectúa una comparación entre Roma y Esparta indicando que a ésta última Licurgo, “uno sólo”, le dio leyes de una sola vez y que Roma tuvo sus leyes por azar, y en varias veces, de acuerdo a las circunstancias (Maquiavelo, 2003, p. 56).

Una comparación neurálgica es la que hace el florentino entre Roma y Florencia en *Historia de Florencia* (2007). En ella pueden evidenciarse con claridad los elementos analíticos maquiavelianos hasta aquí señalados: la desunión inherente a todo estado político, el camino de búsqueda de modos y órdenes, las circunstancias presentadas y la forma de abordarlas. A este conjunto se debe incorporar la historia como un núcleo cinético que opera de manera tangencial a todos los otros elementos. Para Maquiavelo la historia no es meramente una dimensión temporal en cuyo impulso y progresión acontecen eventos inconexos entre sí. Los fenómenos y acontecimientos se moldean unos a otros y el orden y la secuencia en que ocurren es sumamente importante puesto que una vez que bajo determinadas circunstancias se sigue un determinado rumbo, ello marca el comienzo de un sendero que incidirá sobre los acontecimientos subsiguientes y que, a fin de cuentas, permitirá el direccionamiento hacia una república como la romana o bien perecerá, como lo hicieron Esparta y Venecia, tal como se verá a continuación. La centralidad de la historia, el hecho de que tomar un camino dado entre las diferentes opciones políticas posibles implique un condicionamiento en los sucesos futuros y la importancia del orden en que suceden los acontecimientos, es decir, la secuencia, son conceptos primordiales del neoinstitucionalismo histórico y se encuentran ampliamente teorizados. Más adelante se referirá a estas conceptualizaciones de manera concreta a fin de ilustrar que aún sin el bagaje teórico contemporáneo Maquiavelo utilizaba estas nociones en su método de análisis.

La comparación de Roma con Florencia ilustra dos formas de lidiar con la enemistad natural entre la nobleza y el pueblo. Tanto en Roma como en Florencia la desunión provocó tumultos⁶ mediante los cuales el pueblo se impuso y logró crear

⁵ Se apela al argumento que sostiene Harvey Mansfield (2001) en cuanto que Maquiavelo se convirtió en fundador de la ciencia política moderna mediante la presentación de nuevos modos y órdenes. Su obra destinada al análisis de los *Discursos* de Maquiavelo presenta un minucioso recorrido del uso de las categorías de “modos y órdenes”. Adicionalmente, el capítulo de Thomas Karako incluido en *Executive Power in Theory and Practice* (2012) aporta distintas interpretaciones y un examen exegético del uso de ambos términos en *Discursos* y en *El Príncipe*. No es menor el alcance cuantitativo que observa Karako: “modos” más de 500 veces en *Discursos*, y “órdenes”, en su uso como sustantivo, más de 300 veces (2012, p. 63).

⁶ Es importante diferenciar que para Maquiavelo la desunión puede existir pero en determinados casos no tiene la fuerza o la capacidad para expresarse, para producir en efecto “tumultos”, lo cual dependerá de los cursos de acción que se hayan seguido hacia adentro de cada ciudad de acuerdo a las circunstancias. El Capítulo VI del Libro I de *Discursos* es un buen ejemplo que ilustra lo antedicho al narrar las diferentes circunstancias de Esparta y Venecia.

nuevos órdenes en una y otra ciudad. En Roma se siguieron dos vías de acción. De un lado, la enemistad entre el pueblo y la nobleza se institucionalizó con la creación los Tribunos de la plebe en la búsqueda de su propia seguridad y libertad, pero de otro lado, la creación de este nuevo órgano de gobierno no fue en detrimento de los poderes ya existentes del Senado y de los Cónsules; más bien se integró a ellos. En Florencia, en cambio, las leyes que fueron creadas sólo abarcaron al pueblo, ocluyendo toda posibilidad de intervención a la nobleza y sembrando irremediamente un camino de facciones entre pueblo y nobleza. Parafraseando a Maquiavelo, mientras que el pueblo en Roma se esforzó para asociarse con la nobleza, el pueblo de Florencia perseveró por excluir a la nobleza de toda participación; dado que el deseo de los romanos era, según el florentino, más razonable, la nobleza no recibió ofensas, por lo que los dos partidos acordaron en promulgar una ley de creación de los Tribunos que al tiempo que satisfacía los deseos del pueblo preservaba la dignidad de la nobleza. En Florencia las demandas del pueblo fueron injustas e insolentes por lo que la nobleza entró en desesperación y las leyes que fueron creadas no buscaban el bien común sino que se encuadraban únicamente en favor de los conquistadores (Machiavelli, 2007, p. 121).

Enfatizando el argumento, Skinner sostiene que para Maquiavelo una legislación prudente no consiste en erradicar las enemistades sino en asegurar que no surjan facciones basadas en las enemistades que inevitablemente suceden (2000, p. 95). En esta misma línea y ampliando el alcance del fundamento, Lefort admite que

[...] lejos de que las divisiones –la *desunione* tan demonizada por los políticos de Florencia- fueran malvadas en sí mismas, permanecieron en el nivel de intereses políticos personales, solidaridad grupal y las disputas por prestigio, sin haber tenido la capacidad de alcanzar la profundidad de la lucha de clases –sin poder generar la dialéctica de demandas y concesiones producida por el poder de las repúblicas conquistadoras. Que dicha dialéctica fue en efecto creativa –basta recordar la historia de la joven república romana para convencerse de ello] (2012, p. 435).⁷

Es importante destacar que el nuevo orden institucionaliza el conflicto –tumulto- coyuntural y no la enemistad o desunión originaria. “Institucionalizar” significa crear leyes y dinámicas institucionales capaces de garantizar que los conflictos se resuelvan por la vía legal, “[...] no hay nada capaz de hacer a una república tan firme y estable como organizarla de modo que la alteración de los humores que la agitan tenga una salida ordenada por las leyes” (Maquiavelo, 2003, p. 74). Pero para advertir las raíces profundas que justifican tal aseveración aún resta comprender dos cosas de la república romana de Maquiavelo: 1) Cuáles y cómo fueron esos modos y órdenes en Roma; y 2) Qué factores permitieron que Roma adquiriese dichos modos y órdenes para ser una república perfecta.

3.1. CUÁLES FUERON LOS MODOS Y ÓRDENES DE LA REPÚBLICA ROMANA. Para responder a la primera cuestión, Lefort aparece una vez más con una interpretación muy acertada. Arguye el francés, en referencia a Maquiavelo que “[...] trata de la república como del régimen conforme a la naturaleza de la ciudad, conforme a la sociedad política tal como

⁷ *Far from the divisions –the desunione so demonized by the politicians of Florence- being evil in themselves, they suffered from remaining at the level of personal political interests, group solidarity, and quarrels over prestige, without being able to attain the depth of class struggle –without being able to bring about that dialectic of demand and concession that produced the power of conquering republics. That such a dialectic was in fact creative – it suffices to consider the history of the young Roman Republic to be convinced of it.*

se define [...]” (2007, p. 264). Bajo esta concepción Lefort exalta la libertad que Maquiavelo adjudica a la república romana. En palabras de Maquiavelo, “yo digo que quienes condenan los tumultos entre los Nobles y la Plebe atacan aquellas cosas que fueron la primera causa de la libertad de Roma [...]” (2003, p. 63). Por lo tanto, el fin de la ciudad, consistirá en asegurar la libertad política lo cual implica un modo de coexistencia tal que nadie tiene autoridad o poder sobre los asuntos de todos, y ello se logra por medio de la ley. Lefort establece que lo importante es evidenciar el nexo entre la libertad y la ley que se establece dentro de una verdadera república de tal forma que los disensos entre los hombres tendrán su correlato en las leyes y así, lejos de destruir, serán constructores de la vida civil. Concomitantemente, la ley viene a generar una igualdad de principio entre los ciudadanos que en los hechos son desiguales (Lefort, 2007, p. 266). En consecuencia, lo que se entiende por libertad política será en esencia la libertad del pueblo, tal como lo desarrolla Maquiavelo en el Capítulo V del Libro I de sus *Discursos* atribuyendo la potestad al pueblo de ser el guardián de la libertad, alegando que dado que el propósito de los nobles es dominar y el del pueblo es no ser dominado éste último tendrá mayor voluntad y propensión a vivir en libertad (2003, p. 66).⁸

Para completar la cuestión de cuáles y cómo fueron los modos y órdenes en Roma es preciso complementar el argumento con la exposición que hace Maquiavelo en el Capítulo II del Libro I de sus *Discursos*. Allí el florentino hace referencia a seis formas de gobierno: monarquía, aristocracia y democracia, a los que tipifica como “buenos” y tres gobiernos “malos” que corresponden a degeneraciones de los tres primeros, que en sus palabras son la tiranía, el gobierno de pocos —oligarquía— y la licencia.⁹ No importa a Maquiavelo dilucidar —al estilo de la tradición platónico— aristotélica— si algunas de estas formas de gobierno son mejores que otras, incluso, más allá de su clasificación, ninguna de estas formas por sí sola resulta a la larga buena para los fines de la ciudad —entendidos estos, como se ha dicho antes, circunscriptos a la libertad política—.

Digo entonces que todas las formas citadas son pestíferas, por la brevedad de la vida de las tres buenas y por la malignidad de las tres malas. De modo que los que ordenan prudentemente las leyes, han conocido este defecto y huyen de tales formas en sí mismas, eligiendo una que participaba de todas por juzgarla más firme y más estable, en tanto una respeta a la otra, y existiendo así en una misma ciudad el Principado, la Aristocracia y el gobierno Popular (Maquiavelo, 2003, pp. 59-60).

La república romana de Maquiavelo tal como ha sido descrita hasta aquí, acogía la desunión constitutiva ordenándola de manera tal de garantizar que nadie tuviera autoridad sobre los asuntos de todos, distribuyendo el poder en diferentes órganos de gobierno, lo cual refleja fielmente una mirada republicana. Al referirse a los sucesos que terminaron con la creación de la institución de los Tribunales de la plebe en Roma, decía Maquiavelo que

⁸ En relación al papel del pueblo pueden consultarse las interpretaciones de John McCormick respecto a la primacía del componente popular que hay en Maquiavelo y cómo a raíz de ello el florentino construyó un sistema de control de las élites. Uno de sus pilares argumentativos es que en las tradiciones republicanas de interpretación de la obra de Maquiavelo subyace siempre una posición de privilegio para las élites (McCormick, 2001, 2003).

⁹ En *El Príncipe*, complementariamente, Maquiavelo expone que de los dos tipos de humores que existen en todas las ciudades, el del pueblo de no querer ser ni oprimido ni gobernado por los grandes y el de éstos últimos de dominar y oprimir, nacen “... uno de estos tres efectos: principado, libertad o anarquía” (2008, p. 106). Con libertad se refiere a la república y con anarquía a la licencia.

[...] existiendo en esa república los Cónsules y el Senado, venía a ser solamente una mezcla de dos cualidades de las tres citadas, es decir del Principado y la Aristocracia. Solamente les quedaba dar lugar al gobierno popular, así que, habiéndose vuelto insolente la Nobleza romana por las razones que se dirán más abajo, el Pueblo se levantó contra ella, de modo que, para no perderlo todo, se vieron obligados a conceder al Pueblo su parte y, por otro lado, el Senado y los Cónsules quedaron con tanta autoridad que pudieron mantener su condición de república. Así fueron creados los Tribunos de la plebe [...] (2003, p. 61).

No sólo era necesaria la convivencia de estas tres formas de gobierno para la constitución de una república, sino que Maquiavelo enfatiza una vez más que cada orden o institución tiene que tener autoridad propia para evitar la emergencia de facciones perniciosas para un orden republicano, tal como fue el caso de Florencia. Este sistema garantiza la libertad política a través de instituciones representativas.

La indagación acerca de cuáles y cómo fueron los modos y órdenes en Roma aporta otro elemento sustantivo que permite asociar el pensamiento de Maquiavelo con el enfoque neoinstitucionalista: el propio concepto de institución. Como se ha dicho, los órdenes para Maquiavelo eran las instituciones y en ese sentido la noción de institución se vincula con una concepción formal de las mismas. El neoinstitucionalismo histórico define a las instituciones de manera amplia:¹⁰ como conjuntos de procedimientos y reglas formales o informales, normas, rutinas y convenciones enmarcadas en la estructura organizacional de la política; y al mismo tiempo entiende que éstas otorgan a los distintos actores o grupos de interés, accesos diferenciados al poder (Hall & Taylor, 1996). Es claro que el florentino también entendía que las instituciones tienen la capacidad de distribuir el poder, su fundamento principal del orden republicano a imagen de Roma así lo demuestra: mediante las instituciones se garantizaba la libertad política porque se impedía que la plebe o la nobleza tuvieran el poder absoluto sobre los asuntos de todos. Pero la visión institucional maquiaveliana también coincide en concebir a las instituciones desde su aspecto informal, y ello se nota en la fuerza que el florentino otorgaba a las “costumbres”, evocadas en numerosos pasajes y que, como ya se ha adelantado, constituyen un sustitutivo de los “modos”. Así, las costumbres, modos o hábitos operan como reglas o leyes informales, como prácticas, y en tanto que instituciones informales, también tendrán su correspondiente incidencia en la distribución del poder. Afirma Maquiavelo que “[...] cuando algo marcha bien por sí misma [*sic*] sin la ley, ésta no es necesaria, pero cuando la buena costumbre falta, la ley es urgentemente necesaria” (2003, pp. 62-63). Esta cita corresponde al capítulo en el que Maquiavelo explica cómo fueron creados en Roma los tribunos de la plebe y no solo demuestra que la costumbre es en esencia una ley no legislada, una ley informal, sino que en aquél contexto, a falta de una costumbre que proveyera un ordenamiento republicano –un ordenamiento que acogiera la desunión constitutiva de la ciudad-, se hacía necesaria su creación mediante la institución formal de los tribunos.

En ocasiones, y por cuestiones más lingüísticas que semánticas, se utilizan indistintamente los términos de institución (orden, ordenamiento) y de ley. De acuerdo a la definición del neoinstitucionalismo, las normas, leyes y prácticas se enmarcan dentro de una institución, que, por lo tanto, opera como un componente estructural. Maquiavelo, a pesar de que también regularmente utilizaba estas palabras de manera sinonímica, tenía claridad en sus diferencias ya que para él los ordenamientos o instituciones representaban las estructuras políticas de donde emanaban las leyes,

¹⁰ Su definición es amplia en relación a otros enfoques de la escuela del neoinstitucionalismo, el sociológico y el de la elección racional.

pudiendo las leyes variar hacia adentro de una institución.¹¹ Sostenía, al decir de la república romana que “el ordenamiento del Estado era la autoridad del Pueblo, del Senado, de los Tribunales, de los Cónsules, el modo de proponer y de crear los magistrados y el modo de hacer las leyes. En los hechos, esos ordenamientos variaron poco o nada. Sí variaron las leyes que frenaban a los ciudadanos [...]” (Maquiavelo, 2003, pp. 108-109).

3.2. QUÉ FACTORES PERMITIERON QUE ROMA ADQUIRIESE LOS MODOS Y ÓRDENES QUE LA CONVIRTIERON EN UNA REPÚBLICA PERFECTA. Habiendo discurrido sobre cuáles y cómo fueron los modos y órdenes de la república de Roma queda aún pendiente responder la segunda cuestión planteada en este apartado: qué factores permitieron que Roma adquiriese los modos y órdenes identificados para ser una república perfecta. Para ello es preciso, en paralelo, descifrar los métodos y herramientas de análisis que Maquiavelo ponía en práctica, muchas veces de manera subrepticia a lo largo de su obra. Especialmente denotar una de las presunciones imbuida en sus principales textos acerca de la historia, sobre la cual ya se han desarrollado previamente algunas premisas: la historia es para Maquiavelo una lente que permite mirar cómo han sido y cómo pueden ser los diferentes modos y órdenes. No le da a la historia un uso prescriptivo mediante el cual se establezca cómo deberían ser organizadas las ciudades, sino cómo podrían ser en efecto. Utiliza a la historia con fines propedéuticos, en función de lo cual tiene acceso a un conjunto de sucesos pero también de procesos los cuales le sirven de guía interpretativa. Esta táctica es lo que lo hace ponderar las “circunstancias” a que se refiere tan asiduamente en la construcción de sus ideas y que suelen estar asociadas a la mecánica de funcionamiento del binomio fortuna—*virtú*. No se desarrollarán aquí estos dos conceptos en la forma que merecen, pero sí vale mencionar una de las metáforas que utiliza Maquiavelo en *El Príncipe* para su representación –quizás una de las menos expandidas entre los lectores y revisionistas del florentino–, metáfora que paradójicamente –por oponerse Maquiavelo a los grandes preceptos de la tradición clásica–, deriva del pensamiento metafísico aristotélico y expresa, refiriéndose a los fundadores de principados que “[...] examinando sus acciones y su vida, se ve que no obtuvieron de la fortuna nada más que la ocasión, que les proporcionó la materia sobre la cual plasmaron la forma que mejor les pareció: sin ocasión, la virtud de su ánimo se habría extinguido, y sin esa virtud la ocasión se les habría presentado en vano” (2008, p. 91).

La fortuna aparece como la materia a ser captada y moldeada por la *virtú* que opera como la forma, y la “ocasión” o las “circunstancias” son el producto de la combinación de la fortuna y la *virtú* o la acción de la *virtú* sobre la fortuna.

A propósito de la historia y su potencial para mostrar las circunstancias de los fenómenos que son producto de la apropiación o no apropiación de los avatares de la fortuna de parte de los actores, aparecen dos elementos adicionales como herramientas analíticas utilizadas por Maquiavelo, uno de los cuales ha sido mencionado antes. Se trata de la secuencia en que ocurren los hechos, y de la inercia que estos generan una vez que ocurren. Estos mecanismos se encuentran tipificados y explicitados dentro del enfoque neoinstitucionalista histórico y se encuadran dentro de lo que los académicos de esta corriente denominan el *path dependency* o dinámicas dependientes de la trayectoria, que implica que una vez que acontece determinado suceso o, mejor dicho, que una vez que se opta por un determinado trayecto, el mismo obtura las posibilidades de otros caminos posibles, por lo que desde ese momento todos los actores relevantes

¹¹ Una comparación interesante sería incluir aquí el concepto de régimen, pero se excedería el objeto de análisis.

van a ajustar sus acciones y estrategias acomodándolas en torno al patrón marcado por la decisión inicial (Thelen, 1999, p. 385). De esto se sigue la conceptualización de la inercia: una vez que queda establecido un proceso dependiente de la trayectoria se generarán dinámicas de retroalimentación positiva o inerciales que tienden a ser regulares y a generar cierta estabilidad en los hechos o procesos subsiguientes (Pierson, 2000). Para ponerlo en palabras de Maquiavelo, una vez que se opta por determinados modos y órdenes (sobre todo órdenes) ellos tenderán a prevalecer, tal como lo ilustra no sólo en el ejemplo romano sino también en los ordenamientos de las ciudades con las cuales compara a Roma en los *Discursos*, principalmente Atenas, Esparta, Venecia y Florencia. La secuencia implica que el momento exacto en que sucede determinado evento es crucial ya que las alternativas políticas disponibles pueden ser irre recuperables (Pierson, 2000). Claro que Maquiavelo no utiliza estas palabras, pero su análisis está impregnado con estas categorías. Una mirada integral al examen de la república romana que realiza Maquiavelo ejemplifica el uso de estos atributos de inercia y de secuencia.

Su diacronía de la historia romana estaba conformada por tres fases más o menos diferenciadas: la fundacional-monárquica, la republicana y la imperial. En cuanto a la primera, el florentino sostiene que “[...] es necesario que sea uno solo quien proporcione el método y de cuya mente dependa todo ordenamiento semejante” (2003, p. 81) refiriéndose a la organización primigenia de un reino o de una república. Esta idea que aparece intermitentemente en los *Discursos* es, en rigor, la idea fuerza de *El Príncipe* que simboliza el acto fundacional del estado, mientras que los *Discursos* engloban tanto la fundación como el ordenamiento, mantenimiento e incluso la degradación de los estados. Este “uno solo” en Roma fue Rómulo con quien se origina la monarquía. El modo y los órdenes en que se consolidó esta primera fase marcaron un rumbo que incidió inercialmente en el desenvolvimiento de la posterior república. Dice Maquiavelo que al morir Remo, Rómulo “[...] organizó inmediatamente un Senado para tomar consejos de él y con cuyas opiniones tomaría decisiones... Esto es testimonio de que todos los ordenamientos primeros de la ciudad fueron más conformes a una vida civil libre que a una absoluta y tiránica” (2003, p. 82).

La segunda fase se abre con la expulsión de los Tarquinos, los últimos reyes de Roma, y consolida la república con los modos y órdenes explicitados antes. En el Capítulo VI del Primer Libro de los *Discursos* Maquiavelo efectúa una comparación entre el ordenamiento de la república romana y los de las repúblicas de Esparta y Venecia por haber sido éstas “largamente libres” (2003, p. 68). Explica que el motivo de su libertad fue debido a que dichas ciudades se mantuvieron sin tumultos por largos períodos de tiempo, y que las razones de ello fueron porque en el nacimiento de Venecia se incorporó al gobierno a todos los habitantes de manera que no tenían razones para generar tumultos y los que llegaron después tampoco pudieron generarlos ya que por un lado, eran pocos en número, y por otro, el gobierno no los participaba en asuntos de guerra. En el caso de Esparta las razones para mantenerse tan largo tiempo en libertad fueron su escasa población, el cierre de fronteras a los forasteros —coadyuvando a la manutención de un bajo número de habitantes— y el ordenamiento imperante de las primeras leyes de Licurgo, personaje que para Maquiavelo fue un gran fundador (Maquiavelo, 2003, pp. 60-70). Puede verse como determinados hechos, ordenamientos institucionales e incluso lo que hoy llamaríamos políticas públicas, condicionaron los acontecimientos futuros. Pero Maquiavelo no se detiene ahí. En su ánimo comparativo lo que demuestra es que Roma, para propiciar su forma republicana, no aplicó las medidas específicas tomadas por estas dos ciudades sino todo lo contrario: favoreció las condiciones para la generación de tumultos: “[...] si Roma hubiera querido eliminar las causas de los tumultos, también habría eliminado

sus posibilidades de engrandecimiento” (2003, p. 71). La mayor diferencia radica en que Roma quería extender sus dominios, buscaba expandirse, quería ser un imperio. Dar lugar a los tumultos no sólo operaba en el sentido de dar lugar al posterior ordenamiento en el que se garantizara la libertad política sino también en el de otro tipo de ordenamiento preparado para la extensión de la ciudad, para el cual, entre otras condiciones, se requería gran número de habitantes con potenciales condiciones de volverla inexpugnable mediante la consolidación de una milicia fuerte y que al mismo tiempo le permitiese expandirse mediante la conquista. Con todo, Roma tenía, para Maquiavelo, dos condiciones fundamentales para ser una república de suma grandeza: primero, un orden interno sustentado en una ley tal que ni la nobleza ni el pueblo tenía el poder absoluto y que garantizaba la libertad política por haberse originado abrazando la desunión constitutiva. Segundo, una proyección hacia afuera, hacia el crecimiento cristalizado en el imperio que se encuentra extensivamente caracterizado en el Libro II de los *Discursos*. “En fin, quien examine todo sutilmente llegará a esta conclusión: o tú razones sobre una república que quiere construir un imperio, como Roma, o sobre una república a la que le basta con mantenerse en su estado. En el primer caso, ella necesita hacer todo como Roma; en el segundo, puede imitar a Venecia o Esparta [...]” (Maquiavelo, 2003, p. 67).

Las tres “fases” de Roma se encuentran concatenadas por un vector que es el *movimiento*. En esto Maquiavelo también se diferencia de la filosofía clásica que al plantear regímenes ideales debía, por razones de lógica argumentativa, pararse sobre un justo medio o un equilibrio que necesariamente implicaba fijarse en un momento dado, en concebir a la realidad de manera estática, lo cual en parte era consistente con el tipo de pensamiento categórico del que sobre todo Aristóteles fue pionero. Para Maquiavelo, en cambio, la realidad se encuentra en constante movimiento, lo que hace imposible la existencia de un equilibrio estático. Al referirse nuevamente a la comparación entre Venecia y Esparta decía,

Y sin duda alguna creo que, si de este modo se puede mantener el equilibrio, existiría una convivencia verdaderamente civilizada y la verdadera tranquilidad de una ciudad. Pero, como todos los asuntos humanos están siempre en movimiento, y no pueden permanecer estables, es necesario que suban o que bajen, y la necesidad te lleva a muchas cosas que la razón no te induce. Así, si una república está organizada para mantenerse sin extenderse y la necesidad la obligara a hacerlo, se llegaría a eliminar sus fundamentos y a destruirla rápidamente (2003, pp. 72-73).

Este argumento del movimiento da cuenta de un continuum entre principado o monarquía, república e imperio. Ahora bien, ello no implica que Maquiavelo se refiriera a ciclos políticos —a pesar de las influencias de Platón y de Polibio—, ni a una teleología de las ciudades para convertirse en “grandes”. En cambio, sí hablaba de un camino, de un camino a la vez histórico y secuencial construido a partir de los sucesos de Roma, que fue el mejor ejemplo que Maquiavelo encontró para demostrar cómo se domesticó a la fortuna, pues esta ciudad estaba preparada para lo que la necesidad la obligara a hacer. Y esto último no de manera automática, sino con virtud; con la virtud de haber construido unos modos y órdenes tales que le permitían afrontar los tumultos internos y los externos. Los primeros ateniéndose a la ley, y los segundos con capacidad, fuerza y la táctica características del imperio romano.

4. CONCLUSIONES. El acervo teórico del enfoque del nuevo institucionalismo histórico se sustenta en varias premisas de lo que constituye el núcleo teórico del nuevo institucionalismo que incluye también los enfoques sociológico y de la elección racional (Immergut, 1998) y tiene a su vez sus conceptualizaciones particulares, que

lo diferencian de los otros enfoques. A lo largo de este artículo se han señalado diferentes puntos de contacto entre muchas de las aproximaciones más importantes del institucionalismo histórico y la visión institucional de Maquiavelo en la descripción y caracterización de la república romana por lo que se abona que el florentino además de haber sido -tal como es reconocido por numerosos académicos- precursor de la ciencia política moderna, fue también fundador de un enfoque institucionalista.

Maquiavelo centró su foco de atención en lo colectivo por ser la manera posible de elaborar teorizaciones y conclusiones efectivas. Aun teniendo cierta concepción antropológica no la introdujo como punto de partida de sus análisis pues la operación de generalizar los deseos individuales es inviable si se considera, como lo hacía el florentino, que el medio socio-político está imbuido en determinados modos y órdenes -instituciones- que condicionan la acción. El nuevo institucionalismo conceptualiza esta idea sosteniendo que las preferencias o deseos reales de los individuos no son necesariamente las expresadas mediante el comportamiento político (Immergut, 1998, p. 7).

El papel de la historia, tan venerado por el neoinstitucionalismo histórico, también adquiere suma preponderancia para Maquiavelo. La historia no constituye únicamente una fuente de ejemplos y modelos pasados sino que su acontecer, la secuencia en la que se producen los fenómenos tiene incidencia efectiva en el futuro y genera fuerzas inerciales sobre el camino transitado.

La noción de institución que para el neoinstitucionalismo histórico es amplia, también lo es para Maquiavelo: las instituciones son tanto formales (órdenes) abarcando leyes y procedimientos, como informales (modos) que incluyen costumbres y prácticas. El efecto que tienen las instituciones es igualmente compartido: éstas moldean las acciones de los hombres en tanto sus reglas formales o informales tienen la capacidad de distribuir el poder.

Para llegar a estas conclusiones asociadas a los objetivos principales planteados en este artículo, también se arribó a conclusiones que en ese sentido pueden ser llamadas secundarias y que son las que explican los modos y órdenes en la república de Roma: su proyección interna mediante la inclusión del conflicto constitutivo al orden de la ciudad y la consecuente garantía de libertad política, y su proyección externa, anclada en la noción de movimiento, que en el caso romano era en el sentido de su expansión.

Finalmente, es lícito subrayar que más allá de la evidente distancia histórico-temporal existente entre Maquiavelo y los teóricos contemporáneos del institucionalismo, hay una complementariedad epistemológica entre ellos: a la hora de construir conocimiento sobre el mundo de lo político utilizan operaciones proposicionales similares, uno con los recursos y posibilidades de la época del Renacimiento y otros con los de la política ya constituida formalmente como ciencia.

BIBLIOGRAFÍA

- ARISTÓTELES, *Política*, Alianza Editorial, Buenos Aires, 2007.
C. LEFORT, *El arte de escribir y lo político*, Herder, Barcelona, 2007.
C. LEFORT, *Machiavelli in the making*, Northwestern University Press, Evanston, 2012.
E. M. IMMERGUT, 'The Theoretical Core of the New Institutionalism', *Politics & Society*, 26(1), pp. 5-34, 1998.
H. C. MANSFIELD, Introduction, en *Discourses on Livy*, University of Chicago Press, Chicago 1996.
H. C. MANSFIELD, *Machiavelli's new modes and orders: A study of the Discourses on Livy*, University of Chicago Press, Chicago, 2001.

- J. P. MCCORMICK, 'Machiavellian Democracy: Controlling Elites with Ferocious Populism', *The American Political Science Review*, 95(2), pp. 297-313, 2001.
- J. P. MCCORMICK, 'Machiavelli against Republicanism: On the Cambridge School's «Guicciardinian Moments», *Political Theory*, 31(5), pp. 615-643, 2003.
- K. THELEN, 'Historical Institutionalism in Comparative Politics', *Annual Review of Political Science*, 2(1), pp. 369-404, 1999.
- L. STRAUSS, *Meditación sobre Maquiavelo*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1964.
- L. STRAUSS, *¿Qué es la filosofía política?*, Guadarrama, Madrid, 1970.
- N. MAQUIAVELO, *History of Florence and of the Affairs of Italy. From the Earliest Times to the Death of Lorenzo the Magnificent*, The Pennsylvania State University, 2007.
- N. MAQUIAVELO, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Losada, Buenos Aires, 2003.
- N. MAQUIAVELO, *El Príncipe*, Catedra, Madrid, 2008.
- P. A. HALL & R. C. R. TAYLOR, 'Political Science and the Three New Institutionalisms', MPIFG Discussion Paper 96 / 6, pp. 1-32, 1996.
- P. COBY, *Machiavelli's Romans: Liberty and greatness in the discourses on Livy*, Lexington Books, Lanham, 1999.
- P. PIERSON, 'Increasing Returns, Path Dependence, and the Study of Politics', *American Political Science Review*, 94(2), pp. 251-267, 2000.
- Q. SKINNER, *Machiavelli: A very short introduction*, Oxford University Press, Oxford, 2000.
- T. KARAKO, 'Understanding the Things of State: On Machiavelli's Use of Modo, Ordine, and Via', en H. Liebert, G. L. McDowell, & T. L. Price, *Executive Power in Theory and Practice*, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2012.